

siendo catalanes, valencianos y mallorquines muchos de los más célebres trovadores que encantaron á Europa con su galante y sutil poesía. Por otro lado, las continuas comunicaciones de estos reinos con Italia; la dominación que sus monarcas ejercieron en Sicilia y Nápoles; las expediciones á Oriente que hicieron vacilar el imperio griego; el gran comercio de los catalanes; su destreza y fama en la navegación, á tal punto que sus leyes marítimas llegaron casi á ser un código universal; la frecuente celebración de las cortes de amor, así en Barcelona como en Zaragoza; la costumbre que tenían muchas familias de enviar sus hijos á Bolonia para educarse en aquella universidad, que sólo á la de París cedía en gloria literaria, todo contribuyó á que los pobladores de las costas del Mediterráneo se adelantasen tal vez á los castellanos. Y no faltaron tampoco en Aragón escuelas donde su juventud se formase; constando que en sus iglesias y monasterios sucedía lo que en toda la cristiandad. Casi al propio tiempo que la universidad de Valladolid, se fundaba la de Lérida para el condado de Barcelona,

La ciudad de Huesca, recordando que en ella habia establecido el romano Sertorio un célebre gimnasio, donde se educó gran parte de la nobleza española, solicitó del rey D. Pedro IV la creación de estudios generales, á lo que este monarca accedió, mandando al propio tiempo que aquella Universidad fuese la única en todo el reino de Aragón, Zaragoza poseía escuelas que, fundadas, según dicen, por Augusto, pasaron luego á manos del clero, y hasta se conservaron durante la dominación sarracena, recuperando su esplendor después de la reconquista. Esfuerzos hicieron sus habitantes para convertir estos estudios en generales y luego en Universidad, y al fin lo consiguieron, aunque bastante tarde. Cuando el rey D. Jaime I ganó á Valencia, le concedió un fuero que establecía la libertad de enseñanza, con cuyo motivo se dedicaron muchos á este ejercicio, contándose entre ellos á varios doctores de la Universidad de París, hasta que San Vicente Ferrer reunió todas estas escuelas particulares en un estudio público, que más adelante logró igualmente conferir los grados académicos.

Reunidos al fin los Estados de Castilla y Aragón, el impulso es mayor todavía. La católica Isabel llama para la educación de sus hijos á los más distinguidos maestros, así españoles como extranjeros; y deseando que la nobleza hermanase con el ejercicio de las armas el cultivo de la letras, funda, bajo la dirección de Pedro Mártir de Angleria, sabio italiano traído expresamente de su patria, una escuela que no tardó en llenarse de numerosos discípulos pertenecientes á las más altas familias. Aumentanse desde entonces considerablemente los establecimientos de enseñanza. A esta época pertenece la definitiva constitución de las universidades de Zaragoza y Valencia; la de Alcalá queda completamente organizada por el gran numen de Cisneros: créanse ó se reforman también las de Barcelona, Sevilla, Granada y Toledo, más tarde las de Oviedo y Santiago; y finalmente, es tan profuso en esto el siglo XVI, que, como en su lugar veremos, pasan de treinta las universidades que sólo en la Península llegaron á contarse. Reyes, prelados y magnates rivalizan en este punto, construyendo edificios mag-

níficos para toda clase de escuelas, dotándolas espléndidamente, y atrayendo con brillantes recompensas á los maestros de más nombradía. Aquellos cuyos recursos no alcanzan á tanto, fundan cátedras de latinidad, ó dejan legados á conventos con la obligación de abrir aulas para ciertas materias, principalmente humanidades, lógica y teología. Jamás hubo nación donde los medios de aprender se hallaran en tanta abundancia; pues no sólo estaba generalmente adoptado el sistema de enseñanza gratuita, sino que además multitud de colegios brindaban con su asilo á la numerosa juventud que se apresuraba á disfrutar de tan altos beneficios.

La masa general del pueblo permanecía, no obstante, en la ignorancia; porque, como más adelante veremos, la instrucción primaria yacía en completo abandono, dándose precio únicamente á los estudios superiores. Pero el mismo pueblo, merced á la profusión con que estos estudios se promovían, hallaba camino para que gran número de sus hijos saliese de su humilde condición, pudiéndose elevar hasta las más altas dignida-

des. A nadie se le preguntaba su origen, se atendía sólo á su saber; y cada estudiante, por pobre que fuese, veía en perspectiva, como premio de su aplicación y talento, una mitra, una toga, un asiento en los consejos del Estado. Así, los claustros, la Iglesia, los tribunales se llenaban de una inmensa multitud que contribuía poderosamente á aumentar el caudal intelectual de España; pero que, por una triste consecuencia, dejaba despoblados los campos y los talleres, que fueron visiblemente decayendo.

¿Cuál era entonces el sistema de enseñanza que prevalecía en tan considerable número de establecimientos literarios? Sistema general, ninguno; pues no había llegado la época en que así en éste como en los demás ramos de la administración, los gobiernos han creído necesario sujetarlo todo á un pensamiento uniforme, á una pauta común, estableciendo por donde quiera unidad y simetría. Era, por el contrario, el tiempo de la diversidad, del privilegio. La misma autoridad suprema se creía exenta del cuidado de dirigir las escuelas, dejándolas á merced de sus patronos, ó entregadas á

sí propias, y contentándose, cuando más, con algunas lejanas visitas. Cada universidad tenía los estudios que le permitían sus recursos, sin más regla que la voluntad del fundador ó las prescripciones de la Santa Sede, gobernándose por sus particulares estatutos. Ni aun dentro de cada universidad se conocía un orden fijo, un método invariable, un cuerpo de doctrina por cada facultad, sino que establecidas cátedras para varios autores, tratados ó sistemas, el escolar seguía las que más le acomodaban, sujeto sólo á la asistencia mal probada de cierto número de años, y á la sustentación de los actos que cada grado exigía. La diversidad en esto era grande, y puede decirse que existía entonces casi en su mayor latitud de libertad de enseñanza; pero libertad limitada por el espíritu de la época, en que predominaba sobre todas las ciencias y estudios el respeto á la autoridad de los grandes maestros, el apego á ciertos libros considerados como el último esfuerzo del entendimiento humano, y la influencia de doctrinas arraigadas, que se tenía por locura ó profanación poner en duda. Epoca de erudi-

ción más bien que de examen, necesitábase que aquélla se agotara y no ofreciera ya pábulo á la ansiosa inquietud de la razón, para que ésta recobrase sus fueros, conociese la insuficiencia del saber antiguo, y se lanzase en los campos desconocidos de nuevas investigaciones, á fin de presentar á los unos verdades ignoradas, y despertar en los otros el recelo de alteraciones peligrosas.

Pudo este sistema producir buenos resultados, excitando, entre las varias universidades, una provechosa emulación; pero también, andando el tiempo, esta emulación se convirtió, á impulsos del amor propio, en un apego á las doctrinas que cada cual sustentaba, y en rivalidad engendradora de odios implacables. A los esfuerzos para mejorar, siguiéronse las disputas para deprimirse; en vez de hacer nuevos descubrimientos, se agotaban todos los recursos del ingenio para probar que no se podía saber más; y el error llegó á ser un ídolo que se adoraba con entusiasmo y se defendía con toda la pertinacia del orgullo ofendido.

En aquel tiempo, sin embargo, y hasta

la época fatal de nuestra decadencia, se hallaban las universidades españolas al nivel de las más adelantadas de Europa, enseñándose en ellas, tal vez con mayor perfección que en ninguna, todas las ciencias conocidas. Las humanidades, las lenguas orientales, la filosofía, la jurisprudencia, las ciencias sagradas, no eran los únicos estudios honrados y protegidos: cultivábanse también la medicina, las matemáticas, las ciencias físicas, que á tanta postración llegaron en años posteriores; siendo tal el adelanto, que mientras el gran Galileo era perseguido en Italia por enseñar el sistema copernicano, como contrario á los dogmas religiosos, la universidad de Salamanca sostenía con tesón ese mismo sistema, por más conforme á la observación, y nada opuesto á la verdadera doctrina de la Iglesia.

¡Qué espectáculo tan magnífico el de aquellos siglos en que debelando España á toda Europa con el poder de sus armas, la aventajaba también, como más ilustrada, en los dominios de la inteligencia, siendo á la par famosa por sus guerreros, sabios, literatos y artistas!

Entonces Antonio de Nébrija, Alvarez y el Brócense restauran el estudio de la verdadera lengua latina, tan barbarizada en el transcurso de los tiempos medios. Cisneros, congregando á los varones más versados en las lenguas sabias, imprime en Alcalá la primera Biblia políglota, trabajo colosal que se repite luego en Amberes, bajo la dirección de Arias Montano, célebre por su vasta erudición. Luis Vives, indicando los medios de llegar á la verdadera filosofía, precede á Bacón, y tal vez le hubiera arrebatado su gloria, á no vivir en un país que ya empezaba á sentir el yugo de la Inquisición sobre el pensamiento. Antonio Agustín restablece el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica; y el maestro Cano aclara las fuentes de donde dimanan las verdades divinas, brillando en los mismos trabajos los Victorias, los Maldonados, los Sepúlvedas, los Covarrubias y otros mil, lumbreras todos de ambos derechos y de la teología. Pedro Monzón introduce la loable costumbre de enseñar la aritmética y geometría antes de entrar en los estudios filosóficos. Pedro Ciruelo es llamado desde la univer-

sidad de Salamanca á la de Paris para ser allí primer catedrático de matemáticas, honor que cupo también á otros muchos españoles que enseñaron con brillantez en las más célebres escuelas extranjeras. De la misma universidad de Salamanca salen maestros para la corrección del decreto de Graciano, y para concluir y perfeccionar la del cómputo eclesiástico gregoriano. Nuestros obispos son los que más brillan en los concilios de Basilea y de Trento. Pedro Ponce inventa el arte de hacer hablar á los mudos. Blasco de Garay hace el primer ensayo de mover los buques sin el impulso del viento y de las velas. Fernán Pérez de Oliva, Fray Luis de León, Avila y Granada, se immortalizan en los anales de la elocuencia. La poesía produce tantos y tan insignes varones, que por demasiado conocidos no es menester nombrarlos. Lope de Vega y su escuela abren al teatro el camino que le conviene seguir en los tiempos modernos. Florián de Ocampo, Garibay, Mariana, Zurita, Hurtado de Mendoza, son de los primeros que en Europa escriben verdaderas historias, abandonando el terreno de las

crónicas, donde también los maestros habían sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Ribadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organización de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran negociadores tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes cuya gloria se prolonga por más tiempo, porque no asustan á la Inquisición ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguete, Cano, Murillo, Velázquez, Zurbarán y otros mil que elevan la escultura y la pintura á un punto tal que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustración y de su ingenio.

¿Cómo después de haber llegado á tanta altura, caímos en tal postración que da vergüenza el pensarlo? ¿Cómo hallándonos al frente de la civilización europea, vinimos á quedar tan rezagados, que nos

tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vemos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un día el más eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia; ni seré yo quien me atreva á recorrerla, y mucho menos á señalar todas las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual. Sin embargo, no puedo prescindir de señalar algunos y de presentar varias consideraciones que han de servir á la inteligencia de lo que tengo que decir en el curso de esta obra.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(De la Instrucción pública en España.)

LA NOCHE BUENA DEL POETA

«En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.

I.

Hace muchos años, — ¡como que yo tenía siete! — que al oscurecer de un día de